

El 21 de febrero 2021

Penelope Bridges

El Desierto

“El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca. Cambien sus caminos y crean en la Buena Nueva”. En estas palabras Jesús se pone a trabajar. Quizás no quieres pensar en el arrepentimiento con la buena noticia, pero en esta temporada de cuaresma deberíamos prestar atención a esta invitación de Jesús. Por lo general, el primer domingo en cuaresma, oímos de las tentaciones de Jesús. San Mateo y San Lucas nos dan detalles de tres tentaciones. San Marco siempre tiene prisa y pasa poco tiempo en este prelude del ministerio de Jesús: “Estuvo cuarenta días en el desierto y fue tentado por Satanás. Vivía entre los animales salvajes y los ángeles le servían”. No tenemos más de estas frases en nuestras preparaciones para los cuarenta días en el desierto de cuaresma.

Pero estas frases tienen mucho significado. Si desempacamos este pasaje corto del evangelio, encontraremos unos niveles de significado. En la historia del bautismo de Jesús, San Marcos nos da un cuento dramático: en el griego se dice que el cielo se rasga, es la misma palabra que al final del evangelio, cuando la cortina del Templo se rasga en el momento de la muerte de Jesús. Describe dos momentos cuando Dios, aquí en la persona del Espíritu y allá en el cuerpo maltratado de Jesús, se une con la humanidad en forma física.

Inmediatamente después de la bendición de Dios en el Hijo amado, el Espíritu se convierte de paloma en aguijón y lo empuja en el desierto. Como los Israelitas antiguos, que sufrieron cuarenta años en el desierto, como Noé y su familia que soportaron cuarenta días y noches del diluvio, Jesús se prueba en este ambiente inhóspito, en un lugar que no es ningún lugar, durante su prueba de cuarenta.

El está en el desierto, tentado por Satanás: lo mismo que había probado la fe de Job a nombre de Dios. ¿Cuanto dolor debe sufrir los fieles? “Dios mío, en ti confío;” dice el salmista; “no sea yo humillado, no triunfen mis enemigos sobre mí.” Este período de prueba preparará a Jesús para las confrontaciones futuras con los enemigos de Dios. En este tiempo se despoja lo que es extraño; Jesús aprende lo que es esencial y lo que puede dejar. Cuando se camina al desierto, no se puede llevar mucho.

Sabemos de este tipo de prueba: hemos sufrido algo semejante en el año pasado. Hemos aprendido que podemos prescindir algunas cosas, las triviales como un café de Starbucks, y las profundas como la Comunión en nuestra catedral. Hemos andado en este camino juntos, una cuaresma de doce meses, y persistimos en confiar en Dios, nuestro guía.

San Marcos no da ningún detalle de las tentaciones, sino nos ofrece una oportunidad para llenar el vacío con nuestras propias tentaciones. ¿Cuáles son las tuyas? ¿Cuáles son las mías? Estamos tentados a considerar a las otras personas como menos importantes, menos valiosas, incluso menos humanas, que nosotros. Estamos tentados a acumular. Estamos tentados a mirar con desprecio a aquellos con quienes no estamos de acuerdo. Estamos tentados a creer que tenemos acceso exclusivo a la mente de Dios. Pues, estas son las tentaciones para mí; sin duda cada uno

de nosotros tiene su propia lista para arrepentirse. Estos son los animales salvajes que nos acompañan, como acompañaron a Jesús: animales salvajes en nosotros, siempre amenazando con escapar de sus jaulas. Me imagino que Noé tuvo que encerrar unos de los animales en el arca, con el fin de proteger a todos; lo mismo se aplica a nosotros.

Me imagino también que las ocho personas en el Arca tuvieron que encerrar sus propios animales salvajes, durante su encierro acuoso. Al final del diluvio, su recompensa fue la alianza que ofreció Dios en un modelo de arrepentimiento, y el símbolo en las nubes. El arco, el arma definitiva de esa época, se puso en el cielo como una muestra de la promesa unilateral de Dios, que nunca más hubiera aguas diluviales para acabar con toda carne. El arco, un instrumento de la muerte, transformado en una promesa de la vida, prefigurando otro instrumento de la muerte, la Cruz, que sería transformada, cuando la creación se renovara y restaurara por la resurrección, el octavo día.

El motivo de agua, su exceso y su escasez, satura nuestras lecturas de hoy: el diluvio tan destructivo, el arco que vemos solamente al lado de la lluvia, el sacramento acuoso del bautismo (muchas veces en una fuente de ocho lados y debajo de un techo que parece una arca); la inmersión de Jesús en el río Jordán, seguido por cuarenta días en un lugar donde el escasez lo amenazaba de muerte.

Hay una tradición larga en que no hagamos el bautismo durante cuaresma. Este tiempo es un paseo en el desierto. Caminamos sedientos de la presencia de Dios, sedientos del agua de vida, anhelando de la celebración bautismal de la Vigilia de Pascua que acabará nuestro ayuno. Nuestro viaje refleja el viaje de Jesús: miramos del desierto al camino adelante, sabiendo que lleva a Calvario; y más allá de Calvario es la Pascua, la buena noticia final de la resurrección de Jesús y la promesa de la vida abundante.

Por eso, seguimos adelante en esta caminata del desierto, agradecidos por el fresco del culto y el amor de la comunidad, y confiando que Dios nos encamina. “El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca. Cambien sus caminos y crean en la Buena Nueva.” Amén.